

ENRIQUE A. LAGUERRE, *La llamarada*. (Segunda edición).—San Juan, P. R., Biblioteca de Autores Puertorriqueños. 1939. 400 pp.

Esta segunda edición de *La llamarada* aparece con un prólogo del fenecido ensayista puertorriqueño Antonio S. Pedreira y una advertencia del autor.

La obra está dividida, como al principio, en cinco partes: "Surcos abiertos", "Mientras la caña crece", "Yerba mala", "Incendio" y "El regreso".

Pero esta nueva edición ha sido cuidadosamente revisada por su autor en la parte del lenguaje, lunar fuertemente criticado en la primera salida de la novela, y es, pues, una superación lingüística.

Nos permitimos citar de un ensayo nuestro sobre la obra, la siguiente síntesis con que cerramos esta nota bibliográfica:

"*La llamarada*, como la novela de vanguardia de Hispanoamérica —*Don Segundo Sombra*, Güiraldes (1926); *Doña Bárbara*, Gallegos (1929); *La vorágine*, Rivera (1931)— va montada en tres dimensiones estrellas: medio, raza y momento histórico. Es un poema novelado de hombre y tierra. La tierra en donde: 'el buey bebe paz con su mugido y el caballo echa a volar su júbilo melancólico en las alas de un relincho.' Tierra en donde el hombre es planta de raza y en donde el medio es enemigo del hombre.

Juan Antonio Borrás es la hebra que une las cuentas del rosario de la novela — paisajes, colores y anatemas. En él se retrata el hombre actual de Puerto Rico. Juan Antonio titubea dolorosamente entre su porvenir y la conciencia étnica. Corazón pendular, producto del medio en donde casi siempre triunfa el gastronómico cheque azucarero.

La llamarada es, pues, la novela del cañaveral, del cañaveral puertorriqueño.

CESÁREO ROSA-NIEVES,
Universidad de Puerto Rico.

ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR, *Nuevos cuentos andinos*.—Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1937. 185 pp.

Por más que he buscado, no he tenido la fortuna de hallar dato alguno acerca de la vida y andanzas de Enrique López Albújar. Conocer, al menos un poco, de la vida de un autor para juzgar de sus obras, lo creo absolutamente necesario. En la nota preliminar de la edición Ercilla que tengo a mano, se dice que López Albújar está considerado como uno de los más fuertes novelistas del Perú. Según esa misma nota, Albújar pertenece a la generación de José Santos Chocano, y parece que era ya hombre maduro cuando aparece en el campo de la literatura con sus *Cuentos andinos* (1920) y luego la novela *Matalaché*, y más tarde con

una colección de artículos (estampas, dicen ahora) con el título de *De mi casona*.

Ha publicado además un libro de proverbios que él llama *Calderonadas* — no sé por qué. Parece ser que *Nuevos cuentos andinos* es la continuación de la primera serie de *Cuentos andinos*, algunos de ellos traducidos al francés, al alemán y al inglés. Yo confieso no haber visto estas traducciones.

Nuevos cuentos andinos es indudable que manifiestan a un escritor recio, regular manejador del lenguaje con abundancia de quechuísmos y bastante hábil en la técnica. Los temas de estos cuentos se parecen unos a otros como un huevo a otro huevo. Albújar no ve en la vida cotidiana del indio otra cosa que tragedias y más tragedias. No se ve allí ni un rayo de luz entre tan espesas tinieblas, ni una alborada en tan lóbrega noche, ni una esperanza entre tanta desdicha. No sé si Albújar es indigenista; no se puede deducirlo por sus cuentos; pero es un hecho que está infiltrado de la idea de que el indígena es esencialmente triste y su vida una desgarradora tragedia. Sin intentar en este momento comparaciones y similitudes enojosas, puedo decir que en *Nuevos cuentos andinos* anda muy holgada y señorea la influencia de Baroja. No se puede dudar del desprecio que Baroja siente por la vida y sobre todo por la sociedad. "La vida es absurda, la vida es difícil de dirigir, la vida es una enfermedad, han dicho la mayoría de los filósofos", afirma Baroja en *Juventud, egolatría*; de ahí la preocupación de mostrar en todas sus novelas las piltrafas humanas. A juzgar por los *Nuevos cuentos andinos*, Albújar muestra la vida de los indígenas de la altiplanicie peruana demasiado llena de egoísmos, venganzas, abusos y explotaciones. Pero yo creo que Albújar olvida que la vida es como la naturaleza; el que se ambienta la encuentra buena; para el que, por excesiva sensibilidad no se adapta, será trágica. Además, yo mismo, que conozco esa vida, tengo mis serias dudas acerca de que sea todo lo triste y desgarradora que Albújar nos dice. Para ver de fondo la tragedia, hay que medir la sensibilidad del indio y hasta ahora nadie lo ha hecho. Desde luego, sería necesario que algún indio genuino nos la describiera. Hasta el presente, fuera de algunas canciones incaicas, no tenemos documento alguno de análisis de la verdadera psicología india; y con la obra de Albújar no adelantamos un adarme en su conocimiento. Hay más análisis del alma india en una página de Garcilaso que en todos los cuentos del escritor peruano, y para que se juzgue por un botón de muestra, he aquí el argumento del primero de sus cuentos, en mi opinión. Titúlase "El brindis de los yayas" (los *yayas* son los ancianos del pueblo).

Ponciano Culque había vuelto del servicio militar, de Lima a su pueblo, Chupán, y en menos de seis meses tenía a toda la gente en vilo a causa de sus ideas de progreso, evolución y adelanto. Según él, los *yayas* eran los culpables de todo el atraso indio.

Peró él, que había llegado en el ejército al rango de sargento, no podía resignarse a que sus paisanos continuasen en aquel marasmo. El

iba a ser el redentor y para ello tenía que valerse de alguien; y nadie más a propósito para el caso que don Leoncio, un advenedizo, pero que vivía en Chupán desde veinte años atrás y se había ganado la confianza de los *yayas*.

Ponciano dice a Leoncio que él no puede creer que los habitantes de Chupán sean felices sin saber leer y escribir. Leoncio replica que él tiene sus dudas sobre el asunto; pero finalmente Leoncio se decide a ayudar en su magna empresa de redención a Ponciano, ejerciendo toda su influencia para nombrarle alcalde, y efectivamente Ponciano, gracias a los votos de la juventud y a la influencia de Leoncio, se llevó aquel año la alcaldía de Chupán. Pero no se vaya a creer que los *yayas* se quedaron dormidos. El jefe de ellos, Niceto Huaylas, en cierta reunión les endilgó el siguiente discursito:

—No estoy enojado por no haber salido de alcalde. La alcaldía no da más que pesares y responsabilidad. Se sube a la alcaldía con plata y se baja sin ella. Lo que me duele es que ese mostrenco de Culqui se la haya agarrado y nosotros lo hayamos permitido. ¿Es que no hay hombre como Aparicio Pomares en Chupán?

Desde el día en que pronunció este discurso, Huaylas y su comparsa no perdían ocasión para deshacerse de Ponciano. Cierta día de fiesta se trató de una reconciliación entre Niceto Huaylas y Ponciano Culqui.

—Aquí tienes, Ponciano, mi pecho para que ruequestes tu cabeza en él y escuches cómo redobla por la alegría que siento en abrazarte.— Efectivamente, los pechos habían entrado en contacto, pero no los corazones.

—Ahora vamos a remojar la reconciliación, Culqui, para que no se seque—, prorrumpió Huaylas, y le ofreció a Ponciano un jarro de chicha.

—Está bien—contesta Culqui—, pero debemos quitarle primero, cada uno a su chicha, la mala capa que se forma cuando ha dormido mucho. —Niceto y el resto de los nueve *yayas* tuvieron un golpe de sístole. ¿Habría descubierto Ponciano el plan tan bien preparado de envenenamiento?

—En toda reconciliación, los que se amistan son los primeros en beber—dijo Huaylas—; así que no hubo más remedio que empinar el codo a la vez:

—A tu salud, pues, mozo Ponciano!

—A tu salud, viejo Niceto!— y ambos levantaron el jarro; pero mientras Ponciano apuró el vaso por completo, el viejo Niceto sólo echó un trago, pasándole el jarro a uno de sus compañeros.

—No!—gritó Ponciano—. Hay que apurar el jarro como yo; y así se hizo con aparente tranquilidad.

Ya llegaban al décimo vaso cuando la hija de Illatopa, enamorada de Ponciano, gritó:

—¡Ponciano! ¡Ponciano! ¡No bebas de la chicha del *yaya* Huaylas! ¡Está emponzoñada!

El mozo, conmovido por el sincero dolor de su querida novia, contestó:

—Ya yo he sospechado, linda Marcela, que la chicha de este viejo zorro no era limpia! Pero aquí cae Sansón con todos los filisteos.

Ponciano amenazó de muerte al que se moviera de allí antes de apurar la última gota de la maldita chicha.

Marcela imploró perdón para su padre, uno de los *yayas*. El padre lo rehusó desdeñosamente y los demás *yayas*, pálidos, vacilantes, con las pupilas medio apagadas por el soplo de la muerte, aprueban el apóstrofe del feroz, traicionero Huaylas.

—Ponciano Culqui, alcalde hechizo y mostrenco: aprende a morir como nosotros para cuando te llegue la hora, que deseamos sea pronto . . .”

Con este tono trágico, desgraciado y desesperante, están urdidos todos los demás *Nuevos cuentos andinos* de Enrique López Albújar.

DAVID RUBIO,

Curator, *The Hispanic Foundation,*
The Library of Congress.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la lengua española*.—Madrid, 1936. Décima (*sic*) sexta edición. 1,342 pp.

La muy esperada décimosexta edición del *Diccionario* de la Academia de la Lengua apareció en julio de 1936, pocos días antes de la rebelión militar. Con el triunfo de ésta, vuelve a reaparecer con nueva portada, que ahora dice: “Madrid. Año de la Victoria”, en vez de Madrid, 1936. El colofón no ha sufrido alteración alguna: “Acabóse de imprimir este libro en Madrid, en los talleres tipográficos de Espasa-Calpe, S. A., el día 1º de julio de MCMXXXVI”. De la “Advertencia”, consignaré lo más relevante:

... la casa editorial que tenía en depósito las publicaciones de la Academia se vió obligada a poner en circulación un corto número de ejemplares del nuevo Diccionario, que, naturalmente, llevan la fecha de 1936; pero, al hacerse hoy cargo la Corporación de los ejemplares restantes, al mismo tiempo que recobra, con íntima satisfacción, el uso de sus emblemas tradicionales y su título varias veces secular de REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, quiere que la 16ª edición de su Diccionario se difunda ya por el mundo con el sello de la nueva España imperial. Por eso se ha cambiado el primer pliego de la obra y se le ha puesto como fecha la del glorioso Año de la Victoria, 1939. Se observará que, en las páginas preliminares, se ha omitido la acostumbrada lista de académicos con la mención del cargo que ejercen en la Corporación. Esta lista no habría podido hacerse hasta quedar definitivamente constituida la Academia en la fecha que señalan sus estatutos para la elección de los cargos, y ello vendría a aumentar en varios meses el retraso ya considerable con que se pone a la venta esta edición.